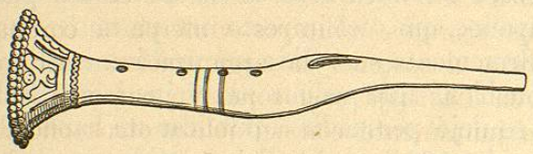
especialmente en su confirmacion del 3 de Octubre de 1865; con mayor seguridad cuando causó entre otras ejecuciones las de los prominentes generales Arteaga y Salazar. Esto bastó para borrar toda buena impresion que se hubiera logrado con las medidas liberales y conciliadoras hasta allí dictadas, dejando en su lugar la mas acerba enemistad.

Solo servirá para poner en evidencia la poca sabiduría de la titulada superioridad de la cultura mas antigua, ya convertida en egoismo en medio de su mayor riqueza y saber, esa serie de errores crasos, de planes sabios y elevados que se vuelven leyes inaplicables, pasos mal dirigidos, y resultados desastrosos. El austriaco ofendió gravemente al partido de quien dependia principalmente para su sosten, haciendo la corte libremente á la oposicion; agriando al clero con su extremado radicalismo; creando el desafecto en el ejército que habia de ser su mas fuerte apoyo, con proyectos mal aconsejados; depauperando sus fuerzas con el despilfarro por un lado, y una falsa economía por el otro; abrumando al país con deudas, é irritando á los republicanos con crueles decretos.

Las causas que lo hicieron fracasar se encuentran en su falta de conocimiento de aquellos pueblos por un lado, y por otro en sus irreflexivas tentativas para establecer reformas que demandaban tiempo y cautela; pero sobre todo, en su falsa posicion, ocupando un trono sostenido por bayonetas doblemente odiosas, y rodeado por consejeros egoistas y taimados; á todo lo cual se agregaron las dificultades de las finanzas y las de las facciones.



CAPÍTULO XVII.

DEFENSA DE OAJACA.

Cuartel General del Ejército Liberal en el Sur—El General Diaz en Oajaca—El Grueso del Ejército Francés Marcha Contra Él—Bazaine Toma el Mando en Persona—Diaz Determina Defender la Ciudad—Su Bombardeo—Desastres y Desercion—Irrupciones de los Zuavos—Redóblanse los Esfuerzos para Salvar la Ciudad—Entrevista de Diaz y Bazaine—Los Prisioneros son Diezmados—Traslacion de los Oficiales á Puebla—Fuga de Diaz

En medio de la serie de reveses sufridos por los republicanos, la única excepcion brillante, y el único obstáculo verdadero que hasta aquí se habia presentado á las fuerzas imperialistas, fueron las operaciones del general Diaz.

Habia establecixo su cuartel general en Oajaca para dirigir desde allí la administracion y defensa de los varios distritos al sur y al este, nombrando y colocando gobernadores y comandantes militares hábiles y bien dispuestos á llevar á cabo sus planes. No trascurrió mucho tiempo ántes de que tuviera, además de las fuerzas distribuidas en los diferentes estados y localidades, un cuerpo de ejército bien armado de 3,000 hombres, y su caja militar en condicion de mantenerlo en buen órden, y en armonía con las autoridades civiles.

Varios triunfos militares vinieron á coronar sus esfuerzos y á sostener la organizacion. El general García en La Laja casi concluyó con una columna francesa juntamente con su jefe y otros oficiales; el general Salinas, que habia sido jefe del general Diaz, y estaba ahora subalternado á él, se mantuvo muy bien

en Chiapas, y el coronel Mendez ganó una batalla decisiva en Chautalpan á un cuerpo de ejército de franco-imperiales. Tabasco habia sido invadido, pero con la ayuda de refuerzos de Oajaca la capital fué tomada á principios de 1864, quedando los franceses restringidos á un bloqueo de la boca del rio, miéntras los republicanos sacaban ventaja hasta bien al interior en los distritos del sur de Veracruz. En el remoto Yucatan, no obstante, con su vastísima costa, los buques daban á los imperialistas ventajas para continuar posesionados de él.

Este buen éxito y la evidentemente buena organizacion del sur, desanimaron al enemigo induciéndole á volver su atencion casi por completo al norte y al oeste. Diaz naturalmente aprovechó la oportunidad de extender su esfera de operaciones capturando á Huajuapan, Teotitlan, y Zoyaltepec. Ese avance no podia, sin embargo, dejarse pasar desapercibido, y el general Brincourt que mandaba en Puebla fué comisionado para tener á Diaz en jaque. L'Hurbal y Giraud se aproximaron por consiguiente con fuerzas tan numerosas que obligaron á las guarniciones á retirarse el 1° de Agosto de los dos primeros lugares. Diaz contuvo ya mas el avance de los franceses yendo apresuradamente con un cuerpo ligero de ejército al auxilio de los suyos. Con este pasó Huajuapan á marchas forzadas y cayó sobre un convoy francés en Nauahuatipan, capturando su tren, y obligándolo á meterse en el pueblo, donde con la pérdida de 50 hombres y bajo el fuego de sus propios cañones estaba ya rindiéndose cuando le llegó un refuerzo considerable que obligó á los sitiadores á retirarse sin ser apenas molestados. Este suceso y la proximidad de los liberales hizo que los franceses se viesen imposibilitados de avanzar durante cuatro meses.

Bien penetrados de la aptitud y fuerza del general Diaz, quien era demasiado peligroso para aproximársele con ese descuido que mostraban los franceses en otros lugares, los acabó de convencer de la necesidad

de ponerlo fuera de combate. Se fraguó consiguientemente una campaña en que se ocuparon varios meses en costosos preparativos, reconocimientos, acopio de provisiones de boca y guerra, y compostura de caminos. Durante su largo período de ocupacion del país ninguna de sus operaciones igualó á esta en la magnitud de los preliminares, pues que los gastos de trasporte solamente montaron á $400,000.

Para Diciembre de 1864 los caminos estaban abiertos hasta Yauhuitlan, y teniendo bastantes fuerzas disponibles se destacaron tres columnas sobre Oajaca; la principal que formaba el grueso de la expedicion salió de Teotitlan al mando del general L'Hurbal; la otra de Orizaba y Méjico. La vanguardia llegó con marchas sigilosas al valle de Etla; con todo, no sin dejar su primera sangre al coronel Félix Diaz, quien con su caballería los atacó poniéndolos en fuga, capturando el campo y matando entre otros al conde de Loire. Este golpe fué seguido por la precipitacion en las disposiciones para sitiar á Oajaca que empezó á principios de 1865 disputándose entre otros puntos la posesion de la hacienda de Aguilera. Habiendo sido desalojada la primera fuerza al mando de Carbó, Diaz personalmente avanzó y dió un asalto al lugar, adquiriendo no poca gloria á la vez que infundiendo gran respeto.

Como tanto dependia de esta empresa, Bazaine se resolvió á salir y tomar el mando en persona. Aparece tambien que confiando en el buen resultado, quiso asegurar para sí el mérito de vencer al adversario mas formidable de los imperialistas. Estuvo aun próximo á perder el mando, porque sabedor Diaz de que marchaba con un cuerpo comparativamente pequeño, despachó á su hermano con 800 caballos para intentar su captura. Don Félix acogió la empresa con entusiasmo, y tomó puestos cerca del descanso de un paso, donde su caballería podia maniobrar bien. Desgraciadamente, la mayor parte de su fuerza habia sido reclutada en los distritos del norte, al mando de un jefe que era no solo de índole independiente y

recelosa, sino que estaba desmoralizado por sus encuentros anteriores con los zuavos. Durante la noche este hombre se desertó miserablemente con 600 hombres, inutilizando así el resto de la fuerza para el ataque. Por consiguiente, Bazaine se salvó del peligro y se incorporó á su ejército.

No fué solo la desercion lo que hizo peligrar las operaciones de los liberales. Hacia tiempo que varias comisiones imperialistas trabajaban, valiéndose del soborno y de la intimidacion entre los republicanos, con que lograron que varios cuerpos auxiliares procedentes de Tehuantepec y Miahuatlan abandonaran las filas, declarándose los primeros abiertamente por la intervencion. Al mismo Diaz se le acercó un traidor de alta categoría, hablándole en favor de Maximiliano, quien le ofrecia el mismo mando superior que entónces tenia, con privilegios y libertad absoluta de toda ingerencia de parte de los militares ó consejeros extranjeros, si reconocia el imperio. Él ni siquiera se dignó contestar.

Bazaine estableció su cuartel general en la Hacienda Blanca, y el 17 de Enero de 1865 dictó sus medidas para estrechar enérgicamente la línea de circunvalacion, con una fuerza compuesta, segun el cálculo de Diaz, de 12,000 franceses, con algunos miles de aliados y 40 piezas de artillería. Los escritores franceses rebajan el número á 6,000 con 26 cañones, pero confiesan que habia un gran número de auxiliares mejicanos, sin contar la multitud de indios obligados á trabajar en las fortificaciones y acarrear víveres. La fuerza de Diaz la numeran en 3,000 veteranos y otros tantos del contingente de la sierra; pero Diaz asegura haber sido solo 3,000 por todos. De cualquiera manera que sea, el ejército sitiador era superior en número. El general Diaz por un momento vaciló en la eleccion entre los varios planes que se le presentaban como mas convenientes: hacer resistencia á pié firme á campo raso, retirarse á los cerros, ó defender la ciudad; pero como estaba bien definida la superioridad del enemigo en número, disciplina, y armamento, comprendió desde luego lo descabellado de provocar una batalla campal. Abandonar su posicion ventajosa y fuerte en Oajaca sin haber siquiera dado un golpe, se consideraría como que habia faltado á su deber, por lo cual resolvió defender la plaza; de este modo atajaría el rápido avance y ocupacion de los distritos por las fuerzas imperiales, embarazando al mismo tiempo los movimientos militares contra otros lugares. No dejó de abrigar esperanzas de que entre tanto algun azar de la guerra obligase al enemigo á levantar el sitio, ó de que á él mismo se le ofreciese modo de abrirse camino para la sierra. Oportunamente habia tomado sus medidas para fortalecer su posicion, trasformando la ciudad y los cerros vecinos en un campo fortificado, por lo que se vieron obligados los habitantes á buscar asilo en otra parte.

Acordándose de la tenaz resistencia de Puebla, volvió á dar señales del aplomo y acierto en sus disposiciones, que tanto contribuyeron allá á realzar su fama. Los edificios de los suburbios fueron reducidos á material para fortalecer las defensas interiores con barricadas y parapetos, entre los cuales descollaban las paredes de las casas con numerosas troneras, que servian principalmente de cortinas á los cuatro grandes conventos de Santo Domingo, la Merced, San Francisco, y la Soledad, los cuales se elevaban como centinelas en los cuatro puntos cardinales de la poblacion. En los cerros al norte, y dominando la ciudad, se elevaban algunos fuertes, siendo muy notable el de la Soledad que media 170 metros sobre el nivel de la plaza; el fuerte de mampostería de Zaragoza, con su fortin de tierra la Libertad, situado á 200 metros enfrente de él; media milla hácia el norte en el dominante Cerro Primero, un reducto cuadrado, y en la altura contigua una obra sin concluir, todos bien protegidos, lo mismo que varios otros puntos alrededor de la ciudad, por un sistema competente de minas, fosos con estacas, cercos de picas, y otros medios.

Los franceses formaban trincheras en todas direcciones y gradualmente estrechaban la línea de circunvalacion. Escamados por las salidas rápidas y audaces de Diaz tenian cuidado de proteger cada punto con fortines, de manera que se pudiesen sostener el tiempo necesario hasta que les llegasen refuerzos. Bazaine estaba resuelto á no dejar nada al acaso, sino ir siempre á lo seguro. De ese modo se fué aproximando á los fuertes de los cerros, y durante la noche hacia montar baterías en varios puntos y cortar los acueductos, á pesar del fuego nutrido que los sitiados hacian constantemente. El 4 de Febrero se comenzó el bombardeo sobre la poblacion con una furia terrible, arrojando una lluvia incesante de balas, granadas, y metralla, que en vertiginosas curvas silbaban y rugian, marcando su curso con el encendido estopin y las luminosas mechas, y causando la destruccion de paredes y desparramamiento de los escombros. Nubes del polvo acumulado en varios sitios se levantaban por los aires como para encubrir aquella desolacion, echando un manto sobre los muertos y heridos. Mas arriba se veia el humo formando un pabellon aun mas sombrío, miéntras que de entre las alturas del rededor resonaba el fragor de la lucha, que gradualmente se hacia mas sordo, hasta quedar en un gemido funerario, yéndose á perder en los lúgubres valles de Mitla, para revivir en los manes de héroes vencidos y deidades encantadas, un baile de muerte en este moderno siglo.

La noche no traia consigo el reposo, porque los audaces zuavos se acercaban sigilosamente á las murallas, y guiados por las fogatas del campamento, disparaban sus certeros proyectiles entre los centinelas y las guardias, ó asaltaban algun punto descubierto, dejando siempre tras sí una huella de sangre. Enjaulados como fieras, los mejicanos tenian que descansar sobre las armas, con el oido siempre alerta, acosados por fantasmas tenaces, y atormentados al grado en que ya habria sido una dicha encontrarse con un enemigo

palpable, y buscar la muerte peleando con él cuerpo á cuerpo. Bien penetrado de la mala influencia que debia tener esa situacion, el general trató de distraer su gente y de mantener su espíritu con salidas bien calculadas, que no dieron, sin embargo, ningun resultado mas. Habiéndosele disminuido mucho el parque con el esfuerzo de impedir que avanzara la línea de circunvalacion, tuvo que fundir las campanas de las iglesias para hacer balas y para las minas, tomando además efectos de la iglesia y de otra clase para socorrer á sus soldados. Estas exacciones, así como la destruccion de los edificios para construir obras de defensa, ocasionaron el descontento entre la gente ménos patriota, que sin escrúpulo alguno empezó á murmurar y á desalentar al ejército, esparciendo especies sobre que el ejército sitiador cada dia crecia en número y elementos. El resultado fué la desercion, generalizándose hasta desbandarse y desaparecer cuerpos enteros, principiando entre las tropas auxiliares, á quienes no ligaba ningun vínculo, y siguiendo entre las demás, hasta que al fin algunas partidas en quienes se habia tenido confianza, y varios antiguos compañeros de armas se marcharon tambien. Durante un asalto del enemigo el teniente coronel Valadez cruzó la línea, y sin duda alguna le habria seguido la mayor parte de su gente á no haberse interpuesto el general que lo impidió. La defeccion en gran parte de la tropa no fué efecto de cobardía, sino del profundo desaliento que inspiraba aquella situacion desesperada, considerando que sería mejor buscar nuevas oportunidades en otra parte que no morir allí acorralados, ó mas tarde en una prision. Se refiere el caso de Carballido, teniente de artillería, que se desertó por seguir la campaña bajo el mando de un guerrillero. Diaz lo encontró despues, en época en que un ejemplar se habia hecho necesario, y ordenó que se le formara consejo de guerra, resultando que fué sentenciado á muerte. "General," exclamó el oficial, "estoy listo para morir, pero concédame que sea á su lado batiéndome con